

Historia
verdadera de la conquista
de la Nueva España escrita por
Bernal Díaz
del castillo

Estudios críticos



Estudios críticos

© 1992

GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS
TUXTLA GUTIÉRREZ, CHIAPAS, MÉXICO

© Custodia

Códice autógrafo, 1568

GOBIERNO DE GUATEMALA
MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES
ARCHIVO GENERAL DE CENTROAMÉRICA
CIUDAD DE GUATEMALA, GUATEMALA, C.A.

© Por características de edición

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, LIBRERO-EDITOR
Amargura 4, San Ángel, 01000, México, D.F.



Derechos reservados conforme a la ley.

ISBN: 968-842-338-6 Obra en tres volúmenes

ISBN: 968-842-348-3 Estudios críticos

IMPRESO EN MÉXICO • *PRINTED IN MEXICO*

Ninguna parte de esta publicación,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
de cualquier manera o por medio alguno,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o fotocopia,
sin permiso previo de los editores.

Sumario

Bernal Díaz del Castillo y sus descendientes

por **Édgar Juan Aparicio**

Marqués de Vistabella

Guatemala

15

Ensayo bibliográfico sobre la vida y obra del capitán Bernal Díaz del Castillo cronista de la conquista

por **Alejandro Mayagoitia**

México

53

Bernal Díaz y la Historia verdadera

por **Luis González**

México

79

Autógrafos y apógrafos: el texto de la Historia verdadera

por **Herón Pérez Martínez**

México

99

**Arte y realidad en la Crónica
de Bernal Díaz del Castillo**

por **Ana María Urruela de Quezada**
Guatemala

121

**Instituciones políticas y jurídicas indianas
en la Crónica de Bernal Díaz del Castillo**

por **Jaime del Arenal Fenocho**
México

135

Malinche y sus teules

por **Rafael Diego Fernández Sotelo**
México

163

**Presencia de Bernal Díaz del Castillo
en Guatemala**

por **Luis Lujan Muñoz**
Guatemala

191

**La encomienda en la Historia verdadera
de Bernal Díaz del Castillo**

por **Gastón Gabriel Doucet**
República Argentina

213

**Las mujeres en la Historia
de Bernal Díaz del Castillo**

por **Josefina Muriel**

México

247

**La estructura indígena
percibida por un enemigo**

por **José Luis de Rojas**

España

267

**El espíritu caballeresco
y el sentido de lo maravilloso
en Bernal Díaz del Castillo**

por **Luis Weckmann**

México

287

Malinche **y sus teules**

por

Rafael Diego Fernández Sotelo

Colegio de Michoacán
Zamora, Michoacán
México

“Llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí adelante, Malinche, en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios, así de esta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga...”

“...y viendo cosas maravillosas y de tanto peso para ellos, dijeron que no osaron hacer aquellos hombres humanos, sino teules, que así llamaban a sus ídolos en que adoran. Y a esta causa, desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios, y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser mentadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros.”

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

INTRODUCCIÓN

LO QUE vamos a intentar en las páginas que a continuación siguen es demostrar que, en realidad, la obra de Bernal contiene una de las visiones más fascinantes que existen para entender, desde el punto de vista indígena, el cómo y el porqué de la conquista de la Nueva España. Si bien es cierto, y sobre ello cabe advertir, que esa parte de la historia de Bernal resulta hasta cierto punto marginal a la trama central, de suerte que la rica y abundante información que sobre la perspectiva indígena nos proporciona, surge de manera más o menos incidental. Se trata de comentarios, anécdotas y episodios que Bernal va sacando a relucir a lo largo de su obra de manera accidental; esto es, que no afectan, a su entender, la sustancia de la historia que busca relatarnos — una suerte de accidentes de la trama principal.

Para que se entienda esto veamos cuál es la versión convencional que sobre la *Historia verdadera de la conquista de México*

circula: es, a grandes rasgos, la de que el hábil capitán, por todos los medios que tuvo a su alcance, algunos de ellos no tan ortodoxos —y por supuesto con el extraordinario respaldo y lúcido consejo de los integrantes de su hueste— consiguió que voluntariamente, por cierto, Moctezuma y su “estado mayor” rindieran vasallaje a Carlos V. Que con la ida del de Medellín hacia Veracruz para detener a Pánfilo de Narváez, los mexicanos, por motivos aún no muy claros, aunque parece ser que se debió a la injusta matanza que organizó Pedro de Alvarado, se lanzaron a la guerra en contra de los españoles, quienes tuvieron que combatirlos, someterlos y castigarlos como a vasallos rebeldes lo cual se traducía en organizar una gran masacre para que escarmentaran, así como en esclavizar a los sobrevivientes marcándoles en la cara, con hierro candente, la “G” de prisioneros de guerra, entre otras cosas.

Ahora bien, la cuestión medular de todo este proceso radica en resolver la siguiente interrogante: ¿Cómo es que Cortés y el puñado de hombres que integraban su hueste, se las ingenieron para conquistar a los millones de individuos que conformaban la población de Mesoamérica? La respuesta más aceptada que se ha dado, y en buena parte extraída de la *Historia* de Bernal Díaz, es la de que los mexicanos, por los medios tan drásticos que empleaban para someter a los pueblos que iban conquistando, se habían ganado el resentimiento general de todos sus vasallos, quienes no veían la hora de liberarse de tan tiránico sometimiento. Al enterarse de esto, Cortés lo supo capitalizar

en su provecho con extraordinaria habilidad, pues no sólo logró que todos los pueblos que aún no caían bajo el poderío mexica se le unieran para atacarlo, sino que aún metió algo de cizaña entre los propios vasallos de los mexicanos para que se pusieran de su parte. De ahí que la respuesta a la interrogante planteada se haya hecho derivar de causas políticas, militares y económicas —el tributo que los mexicanos exigían a sus vasallos— de manera por demás tradicional. Sin embargo, lo que intentaremos ahora demostrar, con base precisamente en la *Historia* de Bernal, es qué tan importante, o probablemente aún más, resultaron la vigencia, vitalidad y arraigo de las ideas y de las creencias religiosas que los pueblos indígenas mantenían a la llegada de Cortés y su hueste: es decir, cuando en las costas mexicanas desembarcaron Malinche y sus teules.

LA OBRA DE BERNAL FRENTE A LA CRÍTICA

Para la crítica historiográfica y literaria la obra de Bernal se ha considerado como la fuente por antonomasia de la visión de los conquistadores frente a las obras de Sahagún o de Las Casas, por ejemplo, a que han acudido siempre los interesados en la visión de los vencidos. Sin embargo, algo peculiar hay en la obra de Bernal que hace que incluso los propios indigenistas la vean con simpatía, y es por las reiteradas críticas y ataques que este autor dedica a Cortés y a Gómara, éstos sí considerados como los máximos representantes de la corriente imperial-colonialista. Esta situación fue muy bien apreciada por Ramón Iglesias —aunque no coincidimos plenamente con la explicación que le da a la misma—, quien la definió de la siguiente manera:

En la gigantesca polémica que originó el descubrimiento y conquista de las Indias, la obra histórica de Bernal ocupa el polo opuesto a la de Las Casas. Defensa de los derechos del indio en éste, defensa de los derechos del conquistador en aquél.

Es paradoja curiosísima que contraposición tan clara no haya sido establecida hasta ahora con precisión. Ello se debe a que el libro de Bernal pasó a ocupar un primer plano como arma preferida en el ataque contra Gómara y, sobre todo, contra Hernán Cortés. El no haber penetrado bien en la génesis de la *Historia verdadera* ha hecho de los partidarios incondicionales de Las Casas, partidarios incondicionales de Bernal Díaz. Lo cual, sin duda, a ellos les hubiera extrañado muchísimo. (p. 150)¹

Pero, para ir por partes, hemos seleccionado a un conjunto, que consideramos suficientemente representativo, de estudiosos que se han ocupado de la vida y obra de Bernal. Para presentarlos los hemos dividido en tres grupos: el de los historiadores que se han ocupado del tema; el de los editores de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y el de los que la han estudiado desde el punto de vista literario.

HISTORIADORES

Como ya iremos viéndolo, la historia de Bernal Díaz del Castillo ha venido de menos a más en la apreciación que ha merecido de entre el gremio de los historiadores. El menos a que nos referimos lo inauguró su paisano y colega Antonio de Solís, allá por el año de 1682, cuando de manera por demás visceral escribió que:

Salió después una historia particular de Nueva España —advierte Solís—, obra póstuma de Bernal Díaz del Castillo, que sacó a luz un religioso de la orden de nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvenientes que al tiempo que se imprimió se perdonaron o no se conocieron. Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor: pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto

¹ Ramón Iglesias, *El hombre Colón y otros ensayos* (introducción de Alvaro Matute), México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (1a. ed. 1944), 274 pp.

lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna: andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambición; y paran muchas veces estos efectos destemplados en quejas contra Hernán Cortés, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible no lo que ordenaba y disponía su capitán, sino lo que murmuraban los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demás; siendo en todas de igual peligro, que se permita el discurrir a los que nacieron para obedecer. (pp. 27-28)²

El historiador norteamericano, William H. Prescott consideraba hacia 1843, que Bernal era un tipo primitivo y vanidoso que:

... a causa de su celo en atribuir al ejército parte de la gloria de la expedición, que exclusivamente se había apropiado el general (uno de los grandes objetos como él mismo dice de su historia) ... (p. 172, n. 25)³

En pocas palabras, la crítica consideraba, hasta ese entonces, que Bernal no era más que un resentido, envidioso de la gloria del gran capitán Hernán Cortés, y que además su obra, desde el punto de vista literario, no valía gran cosa.

Joaquín García Icazbalceta, en plan conciliador, considera que aunque efectivamente la obra de Bernal resulta ser la que hace justicia al papel desempeñado por la hueste cortesiana, no por ello aminora el mérito de Cortés:

... y es que Bernal Díaz, con sus animados y pintorescos pormenores, sus vivas descripciones y su lenguaje sencillo y desaliñado, nos traslada a los campamentos, nos identifica con

² Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México* (prólogo de Edmundo O'Gorman, notas de José Valero Silva), México, Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos...", 1978 (3a. ed.), n. 89.

³ William Hickling Prescott, *Historia de la conquista de México* (traducida por José Ma. González de la Vega, anotada por Lucas Alamán, con notas críticas y esclarecimiento de José Fernando Ramírez, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina), México, Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos...", 1976, 770 pp.

aquellos hombres extraordinarios, y nos hace comprender con tanta claridad como si hubiésemos presenciado aquellas escenas, que en la admirable dirección de tal empresa hay inmensa gloria para su caudillo, al paso que la hay, y no pequeña, en la no menos admirable constancia y esfuerzo de unos hombres de hierro, cuya existencia nos parece hoy casi una fábula. (p. 97)⁴

Por su parte el historiador transterrado Ramón Iglesia, en una primera etapa consideró a Bernal y a su historia como a los que habían "democratizado" la historiografía, haciéndole justicia a la gente del común que participaba en los grandes eventos históricos. Sin embargo, luego de su traumático paso por la guerra civil española, y ya en México, cambió radicalmente su punto de vista, pasando entonces a defender, con gran pasión, a Francisco Lope de Gómara en contra de Bernal a quien ahora consideraba no sólo representante de la corriente "aristocratizante" de la historiografía —siendo su obra, una relación de méritos y servicios, un buen indicio de ello— sino un sujeto envidioso, resentido, mentiroso y deleznable, entre otros muchos calificativos que le aplica. Sin embargo, este violento cambio de opinión de Ramón Iglesia, más bien resulta algo excepcional dentro de la crítica historiográfica que sobre Bernal prevalece a la fecha, representada más bien por lo que Iglesia escribió antes de la guerra.

Por último, Luis González y González ha apuntado con gran agudeza el problema que ahora estamos abordando:

... recibió —Cortés— repetidas ofrendas de oro y pedrería de los zalameros embajadores de Motecuhzoma, el señor de la gran ciudad de Tenochtitlan ante quien temblaban y tributaban todos los demás señores de la tierra. Luego descubrió que el temible monarca era presa fácil. Los pueblos por él sojuzgados esperaban el advenimiento de un salvador, y

⁴ Joaquín García Icazbalceta, "Bernal Díaz del Castillo", *Opúsculos y biografías* (prólogo y selección de Julio Jiménez Rueda), México, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, 1973 (1a. ed., 1942), 202 pp.

Moteczuhzoma y su corte de brujos tenían la llegada de un enemigo celeste. (p. 91) ⁶

Por último, José Luis Martínez resume la situación en breves líneas:

Cortés se enteró oportunamente de la profecía y la aprovechó con discreción. Cuando los mexicanos comprendieron que no era el antiguo dios y sacerdote civilizador el que llegaba sino un capitán audaz y codicioso, era demasiado tarde, pues el enemigo estaba posesionado del monarca y de las llaves del reino. (p. 38) ⁶

EDITORES

En el año de 1632, cuando salió la primera edición de la obra de Bernal Díaz, debida al mercedario fray Alonso Remón, en la presentación del trabajo que hizo el general de la orden quedó de manifiesto la importancia que en ese tiempo se concedía a la misma:

... que con ajustamiento a los acaecimientos escribió (como testigo ocular) el capitán conquistador Bernal Díaz del Castillo y con tanto zelo de la reputación de nuestra España (menoscabada en las historias por la envidia extranjera) sacó a luz de las tinieblas de un retiro cuidadoso la afectuosa diligencia del P.M. Fr. Alonso Remón, Cronista General... siendo en todo lo temporal y humano, ejemplo prodigioso... el ilustre... Cortés y los demás conquistadores que le acompañaron y en lo espiritual y divino, el venerable P. Fr. Bartolomé de Olmedo. Madrid, 8 de noviembre de 1632, Fray Diego Serrano, M. General de la Merced, (p. XXXII) ⁷

El primer editor del manuscrito de Guatemala, Genaro García, como mexicano pa-

⁶ Luis González y González, "La conquista", *Historia documental de México* (varios autores), México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1984, 2 vols. (vol. I, pp. 87-160).

⁶ José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, UNAM-Fondo de Cultura Económica, 1990, 1009 pp.

⁷ Cfr. Carmelo Sáenz de Santa María, S.J., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, edición crítica por Carmelo Sáenz de Santa María, Monumenta Hispano-Indiana, V Centenario del Descubrimiento de América, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", C.S.I.C., Madrid 1982, 687 pp.

triotista que era se preocupó por destacar la rica veta que la obra de Bernal poseía como fuente de conocimiento de los pueblos indígenas, tanto por lo que respecta a su historia material como por lo que se refiere a la espiritual, pues gracias a ésta, explica el autor, nos es posible: "... conocer sus trajes, armas, usos, costumbres, útiles, enseres, dioses y ritos". (p. LXIII) ⁸

Desde Madrid, el editor mexicano de la obra de Bernal, Carlos Pereyra, se une a la polémica Bernal-Gómara, decidiéndose obviamente, por el bando del de Guatemala, asegurando que:

Bernal Díaz del Castillo vindica la potencia de la intervención anónima. Y toma la pluma, como soldado que es, para decir lo que se debe a la masa. Si hubiera más de nueve musas, asignaríamos a Bernal Díaz la de la indignación. (p. 19)

Sin embargo, lo que nos interesa destacar del prólogo de Pereyra es la siguiente reflexión que, dentro del trabajo que ahora presentamos, vale la pena de tenerse en cuenta:

El acontecimiento relatado no existe para nosotros sino a través del ojo que lo ve, del temperamento que lo siente, del espíritu que lo interpreta y de la imaginación que lo reconstruye. (p. 22) ⁹

Hemos querido traer a colación esta cita de Pereyra, pues ayudará a tener en cuenta, a lo largo del trabajo que ahora se presenta, el esfuerzo realizado por Bernal para explicarse él mismo, y poder así comunicarlo al lector, el complejo y extraño mundo de las ideas y las creencias de los indígenas, con

⁸ Genaro García, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, por Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores, única edición hecha según el código autógrafa, la publica Genaro García, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904, 2 vols.

⁹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (prol. de Carlos Pereyra), Madrid, Editorial Espasa-Calpe, Colección Austral, 1981 (4a. ed.), 1955 (1a. ed.), 636 pp.

que entonces se enfrentaban por vez primera.

Joaquín Ramírez Cabañas también supo sintetizar muy claramente la mayor virtud y el mayor defecto que la crítica especializada atribuyó a la obra de Bernal: en cuanto a lo primero lo alaba por su gesto democrático de rescatar para la posteridad las hazañas de toda la hueste, a diferencia de Gómara que sólo se ocupa en alabar a Cortés; en cuanto a lo segundo, le recrimina el haber minimizado, cuando no ignorado por completo, el papel protagónico que los indios aliados desempeñaron en la conquista de México.

De este autor vale la pena señalar la opinión que le produce la aparentemente escasa atención prestada por Bernal, en su obra, a la sociedad indígena:

En cambio, la visión, en conjunto, que nos ofrece de usos y costumbres del mundo nuevo que desplegaba ante sus ojos la sociedad indígena, no entra en estas páginas con igual minuciosidad; pero lo que da es mucho, más de lo que pudiéramos sospechar, y algunos datos de los consignados por Bernal nos ayudan valiosamente a completar nuestro juicio acerca de la vida de aquellos pueblos. Bernal si hubiese escrito inmediatamente después de recibidas las bruscas impresiones; mas como lo hizo tres décadas o cuatro más tarde, ya se le había revelado el sentido lógico de la conducta de los indios, en muchos sucesos, más afortunado él que tantas otras personas en años que hemos creído de supremas luces, y así lo alcanzó en premio a su sincero deseo de mirar y de comprender; cosas hubo, sin embargo, que le escaparon totalmente, como aquellas que emanaban del misterio religioso o de la más acendrada esencia de la tradición. (pp. XXI-XXII)¹⁰

Al igual que otras opiniones a las que ya nos hemos referido más atrás, la de Ramírez Cabañas alaba el esfuerzo que hace Bernal por tratar de aprehender y así comprender el

fascinante y complejo mundo indígena que les rodeaba, aunque concluye con que por lo que a la religión y a las tradiciones se refiere lejos estuvo de lograrlo.

Carmelo Sáenz de Santa María, jesuita y editor de la versión crítica que confronta el manuscrito Remón con el de Guatemala, opinaba, con ánimo conciliador, que Bernal Díaz:

... supo redactar su relación con tal acierto que su visión de soldado de a pie ha oscurecido la de su mismo capitán Hernán Cortés y la de todo el resto de los cronistas americanos, y a todos agrada, y a nadie molesta con su incontenible y pintoresco parloteo. (p. IX)¹¹

ESPECIALISTAS EN TEMAS LITERARIOS

Desde que don Marcelino Menéndez Pelayo revalorizó la historia de Bernal, considerándola como uno de los pilares de la lengua castellana, una serie de importantes especialistas en lengua y literatura castellana se han venido ocupando del estudio de tan capital monumento literario, llegando a considerarlo realmente valioso no sólo desde el punto de vista de la lengua y la literatura, sino aun de la historia social hispanoamericana, pues, como veremos a continuación, y salvo honrosas excepciones, opinan todos ellos que al de Medina del Campo se debe la "democratización" de la historia y el haber hecho justicia a los verdaderos protagonistas de la conquista.

En primer lugar hemos seleccionado a Alfonso Reyes, quien opinaba del autor de la *Historia verdadera*, que:

Entre los dos adoradores del héroe único, Gómara y Solís, se alza la protesta de Bernal Díaz: "bello ejemplo de indignación militar",

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas), México, Editorial Porrúa y Colección "Sepan Cuantos...", n. 5, 1983 (13a. ed.), 1955 (1a. ed.), 700 pp.

¹¹ Carmelo Sáenz, *op. cit.*, p. 687 de Santa María, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, edición crítica por Carmelo Sáenz de Santa María, Monumenta Hispano-Indiana, V Centenario del descubrimiento de América, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", C.S.I.C., Madrid, 1982, 687 pp.

nota con justicia Fitzmaurice-Kelly. El cronista recuerda a todos y a cada uno de sus compañeros de armas, y sería capaz de pintarlos, aunque son como unos quinientos y para todos exige, al menos, un tributo de gratitud. (p. 43)¹²

Según Julio Torri, Bernal fue un hombre sencillo, acucioso observador y de "espíritu justiciero que pretendió rectificar a Gómara en la exaltación de Cortés y que en realidad no disminuye en nada la gloria del marqués del Valle. (p. 186)¹³

Para Raimundo Lazo, en el ánimo que llevó a Bernal a escribir su obra se encuentran los siguientes motivos psicológicos:

... el apasionamiento e invencible amor a la verdad, enraizado en un fondo ancestral del carácter castellano; la fraternal solidaridad con sus compañeros de lucha, como él, oscurecidos y olvidados; un impreciso pero difusamente activo deseo de compartir la gloria, la honra por todos merecida; la insatisfacción de la íntima complacencia por el público, reconocimiento de las hazañas personalmente realizadas; y en fin, la ambición de bienes materiales, de una parte de las deslumbrantes riquezas americanas, legitimada con la razón y el nombre de recompensas, de gracias o mercedes reales, nunca recibidas en la proporción estimada como justa. (p. 27)¹⁴

E. Anderson Imbert opina que Bernal "democratiza la historiografía". (p. 34)¹⁵

Francisco Esteve Barba, aparte de considerar a Bernal como a uno de los historiadores "más importantes, espontáneos y originales de las Indias", se une a la crítica postrera que le hizo Ramón Iglesia y asegura que:

¹² Alfonso Reyes, *Letras de la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1986 (1a. ed. 1946), 135 pp.

¹³ Julio Torri, *La literatura española*, México, Brevarios del Fondo de Cultura Económica, n. 56, 1984 (6a. reimpresión de la 2a. ed.), 1952 (1a. ed.), 425 pp.

¹⁴ Raimundo Lazo, *Historia de la literatura hispanoamericana. El periodo colonial (1492-1780)*, México, Editorial Porrúa, Colección "Sepan Cuantos...", 1979 (4a. ed.), 1965 (1a. ed.), 370 pp.

¹⁵ Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana. I. La colonia. Cien años de República*, México, Brevarios del Fondo de Cultura Económica, n. 89, 1986 (10a. reimpresión), 1954 (1a. ed.), 519 pp.

Para Bernal Díaz, Cortés es un capitán, excelente sin duda, pero no más que un capitán, como todos. No ha sabido ver en él al hombre excepcional, al héroe, que está por encima del común de los capitanes. (pp. 42-143)¹⁶

Como hemos visto, de manera por demás sintética, frente a los historiadores, la persona y la obra de Bernal ha ido de menos a más, pasando a ser considerado, de un pobre diablo a quien corroía la envidia y el resentimiento contra el verdadero héroe de la conquista el capitán Hernán Cortés, a ser considerado como un historiador extraordinario, un verdadero visionario que revolucionó la manera de hacer y entender la historia, dejando atrás el protagonismo que hasta entonces habían ocupado los reyes, nobles, alto clero y jefes militares, y llevando al centro de la escena al pueblo bajo, a la masa, a los que siempre habían dejado de lado los historiadores y cronistas medievales. Resulta ser, en conclusión, que la historia de Bernal queda a la altura de las más famosas historias escritas por los grandes estrategas y héroes militares de todos los tiempos incluyendo, por supuesto, a los de la antigüedad clásica. Cabe destacar, igualmente, el comentario de Luis González sobre la vulnerabilidad que Cortés pronto descubrió —y explotó— en "el temible" Moctezuma y sus vasallos debido a sus creencias religiosas, que los hacían estar a la espera del "salvador".

Los editores de la *Historia verdadera*, precisamente por lo mismo, han encontrado en la obra de Bernal méritos de sobra para ser editada de nueva cuenta. Sin embargo, es importante destacar, de los comentarios que de algunos de ellos hemos rescatado —principalmente de los editores mexicanos— cómo este grupo de especialistas, probablemente los que mayor tiempo, esfuerzo y cuidado han dedicado a la lectura de Bernal, han sabido señalar la importancia de

¹⁶ Francisco Esteve Barba, *Historiografía Indiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1964, 737 pp.

su historia para conocer mejor el mundo indígena, tanto el material como el de las ideas y de las creencias, aunque, como bien señala algurío de ellos, el autor no pudo llegar a penetrar del todo el significado de este último aspecto.

Por cuanto a los conocedores de la lengua y literatura castellanas se refiere, desde que Menéndez Pelayo se ocupó de ella, no han dejado de considerar que se trata de uno de los tesoros de la lengua castellana de todos los tiempos, sosteniendo, con el mismo entusiasmo, que es además una obra de historia llena de méritos a la que todos habrían de acudir.

MÉTODO DE TRABAJO

No es que en este trabajo que ahora presentamos queramos negar que las cosas hayan sucedido tal cual las hemos sintetizado más arriba —descubrimiento, conquista y reconquista aprovechando la coyuntura política, militar y económica por la que atravesaban los pueblos indios—, ya que, efectivamente, eso fue lo que aconteció para todos los efectos jurídico-formales. Lo que trataremos de demostrar es que, si bien las cosas sucedieron de esa manera, la explicación de por qué pasó lo que pasó, lejos está de haber sido comprendida en su totalidad, y no por maniqueísmos o intereses inconfensables de quienes han trabajado sobre el tema; incluso ni siquiera por encubrimiento de la verdad por parte de los cronistas, ya que éstos —por lo menos en el caso de Bernal— aunque ellos mismos nunca llegaron a comprender cabalmente lo que ante ellos acontecía, sí lo registraron en las historias, crónicas, relaciones de méritos y servicios, cartas, estudios y tratados que hasta nosotros han llegado.

Por nuestra parte vamos a proceder a presentar, a partir de la información que nos proporciona Díaz del Castillo en su ya clásica obra, la explicación del cómo y el porqué de la conquista, sólo que esta vez,

atendiendo la versión indígena —siguiendo en esto la recomendación de los editores mexicanos que ya hemos comentado.

La clave de interpretación que emplearemos para descifrar el sentido indígena de la conquista que tan disperso y escurridizo aparece en el texto de Bernal, será precisamente la que hemos anunciado en el título del presente estudio: *Malinche y sus teules*. El tratar de desentrañar el sentido de tan aparentemente insignificante anécdota, el que los indios trataran a Cortés de “Malinche” y a sus soldados de “teules”, nos irá acercando, de manera casi accidental, a todo un mundo de interpretación indígena de la conquista. Al respecto conviene traer a colación lo señalado por el conocido lingüista español Manuel Alvar:

... de las voces que él —Bernal Díaz— transcribe sabemos más que un valor de equivalencia léxico; tras ellas —también— la elaboración de una cultura o la complejidad de una religión... Una organización teocrática como la azteca por fuerza tendría que informar algunos aspectos del vocabulario. (p. 132) ¹⁷

Debemos advertir que para lograr nuestro propósito nos vamos a auxiliar de dos autores que, al lado de Bernal, consideramos de capital importancia para conocer la historia del México de la conquista y de los primeros años de la Nueva España: éstos son los frailes Bernardino de Sahagún y Diego Durán. El propósito de acudir a ellos no es otro que el de simplemente confirmar, en unos casos, y en otros, complementar la información contenida en la historia de Bernal Díaz del Castillo. El motivo por el que fueron seleccionados estos dos autores se debe a que el de Sahagún constituye uno de los testimonios indígenas de mayor relevancia, en tanto que la obra de Durán, aunque justificada con mentalidad occidental, fue

¹⁷ Manuel Alvar, “Bernal Díaz del Castillo”, *Historia de la literatura hispanoamericana* (coordinador Luis Iñigo Madrigal) Madrid, Ediciones Cátedra, 1982, Tomo I, Época colonial, 434 pp.

escrita con sensibilidad indígena, todo lo cual nos ha de permitir, según lo creemos, ofrecer un cuadro equilibrado de lo que entonces sucedió.¹⁸

Para empezar, vamos a referirnos a las noticias sobre los mitos y las creencias religiosas de los indígenas, especialmente a la que se refiere al regreso, por el oriente, del dios Quetzalcóatl que volvería a gobernarlos. Veremos qué nos dice al respecto Bernal Díaz, y sus noticias las contrastaremos en unos casos y en otros las complementaremos con las de Diego Durán y con las de Bernardino de Sahagún.

SOBRE LAS PROFECÍAS DE QUETZALCÓATL

En el momento clave de la conquista de México, justo cuando Cortés logra que Moctezuma convoque a sus caciques y principales y les solicite que se declaren vasallos del rey de Castilla, Bernal nos cuenta que la razón por la que Moctezuma aceptó, de manera por demás espontánea y voluntaria, y con el apoyo unánime de sus más cercanos colaboradores, tan exagerada solicitud del capitán español, fue debido precisamente a sus creencias religiosas:

... dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, y así lo

¹⁸ La edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, que hemos utilizado para este trabajo es la que tomada del Códice de Guatemala ha publicado la Editorial Porrúa, S.A., con introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, Colección "Sepan Cuantos...", n. 5, décimotercera edición, México, 1983 (1a. ed., 1955), 700 pp.

De fray Bernardino de Sahagún, la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino; introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Alianza Editorial Mexicana, Segunda edición, México, 1989 (1a. ed., España, 1988), 2 vols.

La edición que publica el padre Garibay, en el año de 1967, y que está tomada directamente del original ológrafo de Durán, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuyo título es el de *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, en la colección "Biblioteca Porrúa", no. 36 y 37, Editorial Porrúa, México, 1967.

tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos, y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros. (CI-197 y 198)

Esta creencia que tenían los mexicanos y que Moctezuma empleó como argumento principal al momento de rendir solemne vasallaje a Carlos V ante su representante, el capitán Hernán Cortés, no tuvo empacho de referirla, con lujo de detalle, a los hombres que llegaban a privarlo del poder, con lo que queda perfectamente claro lo firme de sus creencias:

Hágoos saber —les dice Moctezuma—, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que a vuestro gran rey yo le soy en cargo, y le tengo buena voluntad así por ser tan gran señor como por haber enviado de tan lejanas tierras a saber de mí, y lo que más me pone el pensamiento es que él ha de ser el que nos ha de señorear, según nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan a entender por las respuestas que de ellos tenemos. (CIV-203)

Es importante hacer énfasis en que las mismas creencias las compartían otros pueblos indígenas, como los mismos tlaxcaltecas, según se desprende de uno de los discursos que nos refiere Bernal Díaz:

... y que tengan en la memoria —les explicó Maseescaci— lo que sus antepasados les habían dicho, muchos años atrás, que de adonde sale el sol habían de venir hombres que les habían de señorear. (CXXIX-264)

En este ejemplo que ahora veremos de los de Chalco, no sólo confirmamos que lo de Quetzalcóatl era una creencia bastante común a todos los pueblos indígenas, sino como de inmediato, cuando alguno de sus jefes o principales moría o faltaba por cualquier razón, los de ese lugar se acercaban a Cortés para que les designara nuevo jefe. Esto sucedía constantemente:

Pues hecho esto, otro día dijo Sandoval que se quería volver a Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar a Malinche y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese que había encomendado a todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco, y que todos procurasen ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que vendrían, con barbas, de adonde sale el sol, y que por las cosas que han visto, éramos nosotros. (CXXXIX-294)

Ahora bien, para entender plenamente el sentido y alcances de esta creencia común a diversos pueblos indígenas, gracias a la cual un puñado de soldados peninsulares pudieron someter a millones de individuos a la corona castellana, conviene completar la información que nos proporciona Bernal con la de fray Diego Durán, sobre los presagios y señales que anunciaron que había llegado la hora esperada, y con la de fray Bernardino de Sahagún sobre las primeras reacciones de los indígenas frente a Quetzalcóatl.

SEÑALES QUE PRESAGIAN LA LLEGADA DEL HOMBRE-DIOS

Las señales que anuncian la llegada de aquellos que habrían de venir a dominarlos, fueron cada vez más evidentes y angustiantes, según nos cuenta fray Diego Durán:

Andaba Motecuhzoma tan desasosegado que no se podía quietar su corazón y en parte deseaba que se cumpliera ya lo que le tenían profetizado, para poderse quietar. Y, con este cuidado, mandó llamar a todos los prepositos y mandoncillos de los barrios y preguntóles si acaso habían soñado alguna cosa acerca de la venida de aquellas gentes que esperaban, o de lo que había de acontecer; que se lo revelasen, aunque fuese contra su persona, que no deseaba más de saber ya la certidumbre de este negocio que tan mentado era y con tantas amenazas de mal se le había profetizado, y que no lo hacía sino para poner en cobro a

sus hijos, que eran los que más le dolían y de quien más lástima tenía.

Los calpixques le dijeron no haber soñado nada ni haber visto ni oído mayor cosa acerca de esto jamás. Él les dijo: Pues ruégoos, amigos míos, que encomendéis a todos los viejos y viejas de vuestros barrios que los que hubieren soñado algo o soñaren, de aquí adelante, que les digáis que me avisen de lo que soñaren, agora sea en pro, o en contra mía, y avisad a los sacerdotes todos que en todas las visiones que vieren, así de muertos, como de otras visiones que suelen ver de noche en los montes o lugares religiosos, que les pregunten todos los sucesos que han de acontecer.

Lo mismo encomendó a todos los que tienen por costumbre de andar de noche y que si topasen a aquella mujer que dicen que anda de noche llorando y gimiendo, que le pregunten qué es lo que llora y gime y se satisfagan de todo lo que acerca de estos negocios pudieren saber.

Ellos se lo prometieron de hacer y así, idos a sus barrios, dieron noticia a todos los viejos y viejas de lo que su rey y señor mandaba y deseaba saber. De lo cual fueron avisados los soñadores y veladores de las noches y los sacerdotes que tenían por costumbre de ir a los montes y cuevas de noche y de día, a hacer sus ordinarias peticiones. Y desde aquel día andaban todos con aquel cuidado de advertir a los sueños y hacer memoria de ellos y traerlos a la memoria, para contárselos a su rey, si fuese cosa tocante a lo que Motecuhzoma deseaba saber.

Con el cuidado que los viejos y viejas, sacerdotes y agoreros tenían sobre el mandato de su rey, en lo que tocaba a la declaración de los sueños, dieron aviso algunos viejos y viejas a los prepositos y tequitlatos que les habían avisado cómo algunos de ellos habían soñado algunos sueños espantosos y prodigiosos que les habían puesto mucho temor y cuidado, de lo cual querían fuese avisado su rey y darle cuenta de ellos.

Los prepositos fueron a Motecuhzoma y le dijeron cómo, en cumplimiento de su mandato real, acudían algunos viejos y viejas a quererle declarar lo que habían soñado, que si mandaba que fuesen traídos ante él. Él, deseoso de saber lo que habían soñado, los mandó traer a su presencia. Los cuales venidos, les mandó declarasen lo que habían soñado, y los viejos puestos ante él con mucha humildad y reverencia le dijeron:

Poderoso señor, no queríamos ofender tus poderosas orejas, ni poner en tu corazón algún sobresalto que te causase alguna enfermedad, pero, forzados con tu supremo mandato, pues estamos forzados a te obedecer, de fuerza habremos de decir lo que hemos soñado.

Has de saber que estas noches pasadas nos mostraron los señores del sueño cómo el templo de Huitzilopochtli lo víamos arder a grandes y encendidas llamas y que, piedra por piedra, se deshacía y caía, sin quedar en él cosa enhiesta, y al mismo Huitzilopochtli lo víamos caído y derribado por los suelos. Y esto es lo que hemos soñado.

Moteczuhzoma los mandó apartar a un lado y que se llegasen las viejas, para que declarasen el sueño que habían soñado. Las cuales sentadas ante él, le dijeron: Hijo mío, no te inquietes ni dasasosiegues tu corazón por lo que te queremos decir, porque nos ha puesto grande temor y espanto. Has de saber que los sueños que estas tus madres han soñado son que veían entrar un río caudaloso por las puertas de tus casas reales y, con la mucha furia que llevaba, derribaba las paredes de tu casa y las arrancaba por los cimientos, llevando palos y piedras por delante, sin quedar cosa enhiesta y que llegaba al templo y con el mismo furor lo echaba por tierra. De lo cual los grandes y señores temerosos desamparaban la ciudad y se huían a los montes. Y esto es lo que tenemos que declararte. (pp. 499-500)

Como a Moctezuma no le gustaron nada las noticias que los viejos y las viejas le transmitieron, les mandó encarcelar. Sin embargo, de poco le sirvió tan drástica medida para exorcizar la profecía, según se lo hizo comprender, a los pocos días, otro hijo del averno:

No muchos días después que los hechiceros y agoreros, sortílegos y encantadores se habían huido de la cárcel, estando el airado rey Moteczuhzoma con mucho cuidado, con las amenazas que le habían hecho, vino un indio a él y haciéndole gran reverencia, dijo le quería hablar. El rey, considerándolo, vido que le faltaban las orejas y los dedos pulgares de las manos y de los pies, y pareciéndole no ser hombre humano, le preguntó de dónde era. El indio le respondió que era del monte infernal, y preguntándole quién lo enviaba, le dijo que él se había movido a venir de su voluntad a le servir y avisar de lo que había visto.

El rey le preguntó qué era lo que había visto. Él le respondió que, andando junto a la orilla de la mar, vido en medio del agua un cerro redondo que andaba de una parte a otra y que había surgido junto a los peñascos que estaban en la orilla de la mar. Y que nunca jamás había visto cosa semejante, porque era espantosa y de admiración. (p. 505)

LLEGADA DE QUETZALCÓATL

Fray Bernardino de Sahagún. Según siempre nos refiere el testimonio que sobre ello le dieron los propios indígenas, lo que sucedió cuando por primera vez los hombres de Moctezuma vieron a los españoles —probablemente se trataba de la expedición capitaneada por Juan de Grijalva:

Desta ahí a un año, en el año trece conejos, vieron en la mar navíos los que estaban en las atalayas, y luego vinieron dar mandado a Moteczuzoma con gran priesa. Como oyó la nueva Moteczuzoma, despachó luego gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era él el que venía, porque cada día le estaban esperando, y como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente y los navíos venían de hacia el oriente, por esto pensaron que era él. (Lib. XII, cap. III, p. 821)¹⁹

Por otro pasaje de Sahagún nos enteramos de cómo reaccionaron los hombres de Moctezuma cuando, por primera vez, estuvieron frente a frente con los dioses:

Entraron en unas canoas —los hombres de Moctezuma al ver llegar los barcos— y fueron a los navíos. Dixeron entre sí: Estamos aquí en guarda desta costa. Conviene que sepamos de cierto qué es esto para que llevemos la nueva cierta a Moteczuzoma. Entraron luego en las canoas y comenzaron a remar hacia los navíos. Y como llegaron junto a los navíos y vieron a los españoles, besaron todas las pruas de las canoas en señal de adoración. Pensaron que era el dios Quetzalcóatl que volvía, al

¹⁹ En cuanto al mito del regreso de Quetzalcóatl nos refiere Miguel León-Portilla que: "... esa edad dorada de los toltecas tuvo también un término. El sabio sacerdote —Quetzalcóatl— tuvo que huir hacia el oriente forzado por tres hechiceros que habían llegado a Tula para persuadirlo a introducir el rito de los sacrificios humanos. Los hechiceros le trastornaron el corazón y provocaron su ruina. Hablando con el gran sacerdote que aparece ya anciano y enfermo, los hechiceros le mostraron un espejo para que se contemplara a sí mismo cargado de años. En un largo diálogo trataron de persuadirlo a beber una bebida embriagante, que según le dijeron, habían traído para sanarlo. Tras larga resistencia, Quetzalcóatl probó la bebida, la consumió y quedó al fin embriagado. Los hechiceros se dedicaron entonces a practicar maleficios en Tula. Cuando Quetzalcóatl tuvo conciencia de lo que había sucedido, decidió marcharse hacia la región de la luz, al oriente, en donde está la tierra del color negro y rojo, de la sabiduría. Llegado a la orilla

cual estaban y están esperando, según parece en la historia desde (sic, por deste) dios. (Lib. XII, cap. II, p. 819)

El recado que estos guardacostas llevaron a Moctezuma fue:

Oye lo que hemos visto y lo que hemos hecho. Tú nos posiste en guarda a la orilla de la mar. Hemos visto unos dioses dentro en la mar y fuimos a recibirlos... (*Ibidem*, p. 820)

El discurso de bienvenida que da Moctezuma al encontrarse con Cortés, en la versión de Sahagún, es en esencia el mismo descrito por Bernal, en donde se corrobora que sin objeción alguna, y más bien de manera por demás respetuosa y sincera, Moctezuma le cede el trono a Cortés creyéndole El Esperado.

¡Oh, señor nuestro! Seáis muy bien venido. Habéis llegado a vuestra casa, México. Habéis venido a sentaros en vuestro trono y vuestra silla, el cual yo en vuestro nombre he poseído algunos días... Señor nuestro, ni estoy dormido ni soñando. Con mis ojos veo vuestra cara y vuestra persona. Días ha que yo esperaba esto; días ha que mi corazón estaba mirando a aquellas partes donde habéis venido. Habéis salido dentre las nubes y dentre las nieblas, lugar a todos escondido. Esto es por cierto lo que nos dexaron dicho los reyes que pasaron, que habíades de volver a reinar en estos reinos, y que habíades de asentaros en vuestro trono y a vuestra silla. Agora veo que es verdad lo que nos dexaron dicho. Seáis muy bien venido. Trabaxos habréis pasado viniendo tan largos caminos. Descansad: agora aquí está vuestra casa y vuestros palacios. Tomadlos y descansad en ellos con todos vuestros capitanes y compañeros que han venido con vos. (Lib. XII, cap. XVI, p. 834)

CORTÉS Y SUS HOMBRES DAN PRUEBAS DE SER VERDADEROS DIOS

Si bien resulta cierto que, gracias a sus leyendas —en el caso de los mexicanos la de

del mar, en las costas del Golfo, allí desapareció Quetzalcóatl para siempre. Según una versión, se embarcó en una balsa mágica hecha de serpientes..."

Miguel León-Portilla. *Literaturas de Mesoamérica*, México, CIEN de México, SEP Cultura, 1984, pp. 54-55.

la vuelta del dios Quetzalcóatl—, estaban predispuestos los indígenas no sólo a esperar su llegada, sino aun a aceptarla ya fuera con resignación o aun con gusto, lo cierto es que los españoles contribuyeron en buena medida a corroborarles sus creencias por distintos medios. El primero de ellos fue en parte involuntario y en parte voluntario, ya que los indios quedaron terriblemente impresionados tanto por la apariencia física y las costumbres de los extranjeros, como por sus adelantos técnicos, mismos que a Cortés tanto le gustaba exhibir para apabullarlos, según testimonio de Sahagún:

Hecho lo que arriba es dicho, dieron —sus embajadores— la relación a Motecuzoma de todo lo que habían visto y oído, y dieron la relación de la comida que comían y de las armas que usaban, y de todo lo que les aconteció con los españoles. Oída Motecuzoma la relación que le dieron sus embajadores, espantóse mucho y comenzó a temer. Maravillóse de la comida de los españoles, y de oír el negocio del artillería, especialmente de los truenos que quiebran las orejas, y del hedor de la pólvora, que parece cosa infernal, y del huego (sic) que echan por la boca, y del golpe de la pelota que desmenuza un árbol de golpe; y de la relación que le dieron de las armas muy fuertes que usaban, así ofensivas como defensivas, como son cosoletes, cotas, celadas, etcétera, espadas, ballestas, arcabuces, lanzas, etcétera. También de la relación de los caballos y de la grandeza dellos, y cómo subían en ellos los españoles armados, que no se les parecían más de la cara, y de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los cabellos rojos y las barbas largas, y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos. También le dieron relación de lo que comían los españoles, y de los perros que traían, y de la manera que eran, y de la ferocidad que mostraban, y de la color que tenían. Oída esta relación, Motecuzoma espantóse y comenzó a temer, y a desmayarse, y a sentir gran angustia. (Lib. XII, cap. VII, pp. 825-826)

Cortés supo capitalizar rápidamente, en su provecho, la disposición que mostraban los indígenas en considerarlos los dioses de sus leyendas y tradiciones, y así es como les jugó algunas bromas, de entre las cuales he-

mos escogido, a manera de ejemplo, un par de ellas.

En cuanto al primer caso, para nuestra fortuna, Bernal tuvo el buen tino de rescatar el que podemos considerar como el único discurso divertido que de Cortés se conserva —porque se le podrá acusar de lo que se quiera—, pero ni duda cabe que era un tipo con un agudo sentido del humor y con un espíritu verdaderamente festivo y amigable. El pasaje del que hablamos es el que se refiere a la broma que Cortés les jugó a los caciques y principales de la provincia de Tabasco, en complicidad con sus soldados:

Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo a los soldados que allí nos hallábamos teniéndole compañía: “Sabéis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra, y asimismo las lombardas; he pensado una cosa para que mejor lo crean: que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro día en el navío, y atarla han aquí, adonde yo estoy; y traigan el caballo de Ortiz, el Músico, que es muy rijoso, y tomará olor de la yegua, y desde que haya tomado olor de ella, llevarán la yegua y el caballo cada uno por sí, en parte donde desde que vengan los caciques que han de venir no los oigan relinchar, ni los vean hasta que vengan delante de mí y estemos hablando.” Y así se hizo, según y de la manera que lo mandó, que trajeron la yegua, y el caballo, y tomó olor de ella en el aposento de Cortés, y demás de esto, mandó que cebasen un tiro, el mayor, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era mediodía, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas, a la usanza de ellos, y saludaron a Cortés y a todos nosotros, y traían de sus inciensos, y andaban sahumando a cuantos allí estábamos, y demandaron perdón de lo pasado, y que desde allí delante serían buenos. Cortés les respondió algo con gravedad, como enojado, y por nuestra lengua, Aguilar, dijo que ya ellos habían visto cuántas veces les había requerido con la paz, y que ellos tenían la culpa, y que ahora eran merecedores que a ellos y a cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos, y que somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió a estas partes, que se dice el emperador don Carlos, que manda que a los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos y favorezcamos, y que si ellos

fueren buenos, como dicen, que así lo haremos, y si no que soltará de aquellos tepuzques que los maten (y al hierro llaman en su lengua tepuzque), y aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos de ellos. Entonces secretamente mandó poner fuego a la lombarda que estaba cebada, y dio tan buen trueno como era menester. Iba la pelota zumbando por los montes, que como era mediodía y hacía calma llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de oírla; como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo. Y Cortés les dijo, con Aguilar, que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciesen daño. Y en aquel instante trajeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques. Y como la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento adonde había tomado olor de yegua. Y los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras, y estaban espantados. Y desde que Cortés los vio de aquel arte se levantó de la silla y se fue para el caballo, y mandó a dos mozos de espuelas que luego le llevaran de allí lejos, y dijo a los indios que ya mandó al caballo que no estuviese enojado, pues ellos venían de paz y eran buenos (pp. 57-58)

La otra anécdota que nos refiere Bernal sobre las ocurrencias de Cortés que contribuían a reforzar la idea que tenían los indígenas de que eran los dioses de la leyenda, es aquella en que llega el cacique Gordo a quejarse con Cortés de que hay una guarnición poderosa de mexicanos que les ocasionan muchos perjuicios, que por favor le mandara soldados a atacarlos, a lo cual el de Medellín decide enviar a un solo hombre, un viejo soldado, ante la sorpresa de todos, a acabar con dicha guarnición:

Y luego envió Cortés a llamar al cacique gordo y a todos los más principales que estaban aguardando la ayuda y socorro, y les dijo: Allá envió con vosotros ese mi hermano, para que mate y eche todos los culúas de ese pueblo y me traiga presos a los que no se quisieren ir. Y los caciques estaban enlevados desde que lo oyeron, y no sabían si creerlo o no, y miraban a Cortés si hacía algún mu-

damiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decía. Y luego el viejo Heredia que iba con ellos carga su escopeta e iba tirando tiros al aire, por los montes, por que lo oyesen y viesen los indios. Y los caciques enviaron a dar mandado a otros pueblos cómo llevaban a un teul para matar a los mexicanos que estaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenía Cortés. (XLIX-83 y 84)

**SIMBOLISMO DE LOS PRESENTES Y
EMBAJADAS CON LAS QUE SE
RECIBE A LOS DIOSES**

Convencido Moctezuma de que Cortés es Quetzalcóatl, según nos refiere Sahagún, que vuelve después de largo tiempo a gobernarlos de acuerdo con lo que sus antepasados les habían advertido, les da trato de dioses:

Luego Motecuzoma juntó algunos adivinos y agureros, y algunos principalejos, y los envió al puerto donde estaban los españoles para que procurasen que no les faltase comida y todo lo que demandasen, y para que mirasen diligentemente para que le diesen la relación de todo lo que pasaba. Y envió con ellos algunos captivos para que sacrificasen delante del dios que venía, si viesen que convenía, y se demandasen sangre para beber. Fueron aquellos embajadores y llegaron a donde estaban los españoles, y ofrecieronles tortillas rocidas con sangre humana. Como vieron los españoles aquella comida, tuvieron grande asco della. Comenzaron a escupir y abominarla, porque hedía el pan con la sangre. Esto se hizo por mandado de Motecuzoma, y él lo mandó hacer porque tenía que aquéllos eran dioses que venían del cielo, y los negros pensaron que eran dioses negros. (Lib. XII, cap. VIII, p. 826)

Con estos antecedentes nos será posible entender el carácter simbólico de la primera embajada que envía Moctezuma, con ricos presentes, a entrevistarse con Cortés, según nos refiere Sahagún:

A los sobredichos —embajadores— habló Motecuzoma y los dixo: Mirad que me han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcóatl. Id y recebidle, y oíd lo que os dixere con mucha diligencia. Mirad que no se os olvide nada de lo que os dixere. Veis aquí estas joyas que le

presentéis de mi parte, que son todos los atavíos sacerdotales que a él le convienen. Primeramente una máscara labrada de mosaico de turquesas; tenía esta máscara labrada de las mismas piedras una culebra doblada y retorcida... Otros ornamentos también que llamaban (sic, por llevaban), era del mismo Quetzalcóatl, una mitra de cuero de tigre, y colcagaba (sic) de la mitra sobre las espaldas una capilla grande hecha de plumas de cuervo. (Lib. XII, cap. IV, pp. 821-822)

Una vez que los embajadores llegaron ante Cortés:

Comenzaron a subir al navío por la escalera, y llevaban el presente que Motecuzoma los mandó llevar. Como estuvieron delante de don Hernando Cortés, besaron todos la tierra en su presencia, y habláronle desta manera: Sepa el dios a quien venimos a adorar en persona de su siervo Motecuzoma, el cual le rige y gobierna la su ciudad de México, y dice: Ha llegado con trabaxo el dios. Y luego sacaron los ornamentos que llevaban y se los pusieron al capitán don Hernando Cortés, ataviándole con ellos. Pusiéronle primeramente la corona y máscara que arriba se dixo, y todo lo demás. Echáronle al cuello los collares de piedras que llevaban con los joeles de oro; pusiéronle en el brazo izquierdo la rodela de que se dixo arriba, y todas las otras cosas se las pusieron delante ordenadas, como suelen poner sus presentes. (Lib. XII, cap. V, pp. 823-824)

Cuando los embajadores vuelven a dar relación a su rey Moctezuma de lo que habían visto y oído al estar con Cortés:

Los mensajeros fuéronse a la sala, y también Motecuzoma se fue allá. Y allí delante los mensajeros mataron los captivos y rociaron a los mensajeros con sangre de los captivos. Hicieron esta cerimonia porque habían visto grandes cosas, y habían visto a los dioses y hablado con ellos. (Lib. XII, cap. VI, p. 825)

Hemos querido traer a colación el profundo sentido simbólico de los presentes enviados por Moctezuma a Cortés, según este pasaje de la historia de Sahagún, para poder apreciar en su debido contexto el comentario que nos hace Bernal también de los presentes que, en otro momento, envió Moctezuma a Cortés:

Y estando en esto vino Tendile una mañana con más de cien indios cargados; y venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro y facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés, y adrede le envió el gran Montezuma, por que según dijeron, que cuando a Cortés lo llevó Tendile dibujado su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decía Quintalbor se le parecía a lo propio a Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile, y como parecía a Cortés, así le llamábamos en el real, Cortés acá, Cortés acullá... Y aquel principal que venía con aquel presente traía cargo de hablar juntamente con el Tendile; ya he dicho que se decía Quintalbor. Y después de haber dado el parabién venido a aquella tierra y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían, y encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima de ellas, y lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron, que la habían pesado, sobre diez mil pesos, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta era de gran peso, que valía mucho. (XXXIX-66)

Hay una nota que dice que, Orozco y Berra, siguiendo en esto a Clavijero, afirma que el nombre de Quintalbor no es mexicano. También llama la atención el que el sol y la luna estuvieran llenos de grabados; sin duda simbolizaban algo —y esto tomando en cuenta que tanto el sol como la luna, por sí mismos, ya eran símbolos bien conocidos. Además si se toma en cuenta que pronto los indígenas comenzaron a referirse a Pedro de Alvarado como a Tonatiuh, o sea el sol —es decir la deidad masculina— no resulta exagerado considerar que la luna —la deidad femenina— en este caso estaba representada por Cortés, a quien los indios siempre llamaron “Malinche”.

PROCESO POR EL QUE SE CONVIERTEN EN MALINCHE Y TEULES

Sabemos que Moctezuma junto con los reyes y caciques se dirigían a Cortés dicién-

dole respetuosamente “Señor Malinche” y éste le trataba a aquél de “Señor Montezuma”. Ahora bien, ya que nos hemos detenido ampliamente en abordar el mito que los pueblos indígenas tenían en cuanto que Quetzalcóatl, o en su defecto el dios barbado, habría de volver por el rumbo del oriente algún día a gobernarlos de nueva cuenta, versión que nos corroboran los tres autores a que hemos acudido, pasaremos ahora a ocuparnos de la forma en que, progresivamente, los indios los van convirtiendo, de Cortés y su hueste, en *Malinche y sus teules*, y el sentido que encerraba tal denominación. No sólo nos ocuparemos del proceso por el que los indios les transmiten la naturaleza divina de sus tradiciones, sino igualmente nos interesará descubrir la reacción de los españoles frente a esta actitud de los nativos; es decir, cómo interpretaron el trato recibido, y si es que alguna vez se llegaron a dar cuenta de lo que se trataba. Para ello nos basaremos exclusivamente en la versión de Bernal Díaz del Castillo.

COMIENZAN A LLAMARLES MALINCHE A CORTÉS Y A LOS DE LA HUESTE SUS TEULES

El cacique Gordo, confiado al saber que Cortés y su hueste ya andaban cerca, se envientona para decir a Narváez:

¿Qué hacéis que estáis muy descuidado? ¿Pensáis que Malinche y sus teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo digo que cuando no os catareis será aquí y os matará. (CXXI-234)

Ese *Malinche y sus teules* con que el cacique Gordo se refiere a Cortés y su hueste entrañaba, para los indígenas, un contenido sagrado, lógico complemento de su creencia de que se trataba en realidad del dios Quetzalcóatl según nos hemos referido ya anteriormente. A continuación vamos a tratar de desentrañar el contenido conceptual que

los indígenas daban a estos títulos con los que trataban a los españoles; a la vez nos ocuparemos en averiguar qué cosa entendían éstos —siempre según la versión de Bernal Díaz— cuando oían que así les llamaban.

Una primera interpretación que nos da Bernal sobre el significado del *Malinche* —interpretación por demás superficial— nos la proporciona precisamente cuando advierte que al referirse a Cortés ya no lo hará por su nombre sino, justamente, por el de Malinche:

Llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí adelante, Malinche, en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios, así de esta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especial cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina y para más breve le llamaron Malinche. (LXXIV-129)

Ahora bien, la explicación que nos brinda el autor sobre el motivo por el cual los indígenas llamaban a Cortés con el nombre de *Malinche* no resulta de ninguna manera convincente, ya que es difícil de creer que lo que empezó como una especie de apodo se haya difundido tan rápidamente, y especialmente que lo hayan adoptado incluso pueblos que eran enemigos entre sí. Además, con lo ceremoniosos que eran los indígenas, es imposible imaginar a alguien como Moctezuma, que según testimonio de Bernal se dirigía a Cortés diciéndole “Señor Malinche”, tratando al representante del rey castellano —cuando no al mismo Quetzalcóatl— por un simple apodo. Lo que por nuestra parte proponemos es que dicho nombre de *Malinche*, por el contexto en que era empleado por los nativos, tenía que resultar algún título ligado a la tradición de la vuelta de Quetzalcóatl a gobernarlos. Sólo así es posible explicarse el que entre tantos pueblos se le reconociera por este nombre, y

sobre todo en situaciones de tanta solemnidad como en las que se le empleaba.

En cambio, cuando trata el tema de por qué les llamaban los indios a ellos por el nombre de *teules*, Bernal hace un verdadero esfuerzo interpretativo por desentrañar el sentido del término —quizá porque a él le afectaba más directamente—, por lo que una y otra vez vuelve sobre el asunto, para aclararlo al lector pero, sobre todo, como se verá en seguida, para aclarárselo a él mismo:

... y viendo cosas maravillosas y de tanto peso para ellos, dijeron que no osaron hacer aquellos hombres humanos, sino teules, que así llamaban a sus ídolos en que adoran. Y a esta causa, desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios, y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser mentadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. (XLVII-80)

Tan frecuente era que por todos los pueblos por los que pasaban les trataran de *Malinche* y *teules*, que los propios españoles se acostumbran a ser tratados con esos títulos, por lo que no resulta raro que Bernal le advierta al lector que ya no hablará de Cortés, sino de *Malinche*; y que tampoco empleará “hueste” o “soldados”, sino *teules*. Sin embargo, y como ya hemos comentado, él mismo siente que atrás del nuevo nombre con que los indios los han bautizado se esconde un sentido difícil de aprehender, pero que de alguna manera encierra la clave para descifrar el profundo significado de la extraordinaria aventura que les tocó en suerte vivir. Sólo que había un serio problema: mientras no descifraran el sentido de lo que los indios les querían decir, no llegarían a comprender lo que acontecía, y al no hacerlo, se les escaparía la posibilidad de enfrentarse adecuadamente, con los medios debidos, ante la extraordinaria y singular oportunidad que se les presentaba. De ahí que Bernal haga un esfuerzo constante por comprender lo que pasaba, empleando para ello tanto claves racionales de interpretación “occidentales”, como explicaciones “indíge-

nas" difíciles de entender para alguien venido del otro lado del mar Océano:

Como llevábamos un lebrél de gran cuerpo, era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo a los amigos qué traíamos de Cempoal, que si era tigre o león o cosa con que matábamos los indios. Y respondieron: tráenlo para cuando alguno los enoja, los mate. Y también les preguntaron que aquellas lombardas que traíamos que qué hacían con ellas. Y respondieron que con unas piedras que metíamos dentro de ellas matábamos a quien queríamos, y que los caballos que corrían como venados, y que alcanzábamos con ellos a quién les mandábamos. Y dijo el Olin-tecle, y los demás principales: Luego de esa manera, teules deben de ser. Ya he dicho otras veces que a los ídolos, o sus dioses, o cosas malas, llamaban teules. Y respondieron nuestros amigos: Pues como ahora los veis, por eso mirad no hagáis cosa con que les des enojo. que luego lo sabrán, que saben lo que tenéis en el pensamiento . . . (LXI-104)

Al sentido "irracional" que daban los indígenas a lo que entonces sucedía, aduciendo que se trataba de un asunto de dioses, Bernal anteponía su propia interpretación europea "racional" explicando que realmente se trataba de un asunto de Dios:

Como Nuestro Señor Dios, por su Gran misericordia, fue servido darnos victoria de aquellas batallas de Tlaxcala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fue a oídos del gran Moctezuma, a la gran ciudad de México, y si de antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos. (LXXII-124 y 125)

De hecho se trataba, según él, de un enfrentamiento entre los dioses indígenas y el Dios cristiano:

Y lo que respondieron —los de Tlaxcala— a todo es que dijeron: Malinche: ya te hemos entendido antes de ahora y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran señora, que son muy buenos; más mira, ahora viniste a estas nuestras casas; el tiempo andando entenderemos muy más claramente vuestras cosas, y veremos cómo son y haremos lo que es bueno ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrifi-

cado? Ya que nosotros, que somos viejos, por complacerte lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos y mozos y niños de esta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente, que los papas han ya hablado con nuestro teul el mayor, y les respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que toda esta provincia destruirían con hambres, pestilencia y guerras. (LXXVII-133)

Si ya Cortés había tratado de convencer a los de Tlaxcala que abandonaran a sus dioses por el Dios cristiano, con mucha mayor razón lo intentó con los mexicanos, y he aquí la forma en que trató de convencer a Moctezuma de que su Dios era el más efectivo:

Señor Moctezuma; no sé yo cómo un tan gran señor y sabio varón como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestros Uichilobos y Tezcatepuca, haremos un aparato donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya Moctezuma la había visto), y veréis el temor que de ello tienen esos ídolos que os tienen engañados. (XCII-174 y 175)

Si estaba claro que se trataba de una demostración de poder para ver cuál de las deidades, la indígena o la cristiana, era la más efectiva; igualmente quedaba claro para los mexicanos —mas no para los españoles— cuáles de entre ellos eran dioses y cuáles simplemente humanos. Este punto lo viene a esclarecer el propio Moctezuma:

Y luego Moctezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: Malinche; bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quienes tanta amistad habéis tomado, que yo soy como dios o teul. (XC-165)

Como vemos Moctezuma, con meridiana claridad y aun con sentido del humor, les da a entender bien claramente que él de nin-

guna manera es, de acuerdo con sus creencias y tradiciones, un teul. Una vez que deja bien aclarado el punto, pasa a explicarles que, según esas mismas creencias y tradiciones en las que todos los mexicanos creían y esperaban, ellos —Cortés y su hueste— sí eran verdaderos teules.

Y Montezuma respondió: Señor Malinche: muy bien tengo entendido vuestras pláticas y razonamientos antes de ahora, que a mis criados, antes de esto, les dijistes en el Arenal eso de tres dioses y de la cruz, y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado; no os hemos respondido a cosa ninguna de ellas porque desde ab initio (sic) acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos; así deben ser los vuestros y no curéis más al presente de hablarnos de ellos; y en eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos ha pasados, y a esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vendrían de adonde sale el sol. (XC-165)

Si ya quedó claro que ni él, el propio rey de los mexicanos podía ser considerado como un teul, igualmente queda bien claro que ellos, los españoles, eran los dioses y teules que desde hacía tanto tiempo venían esperando los indígenas:

“... nos tenían por teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos.” (XCIII-179)

Y el sentido sagrado que los de México —y aun los demás pueblos indígenas— daban al término *teul*, lo tenían bien claro los españoles según puede apreciarse en el siguiente pasaje:

Lo que os pido por merced —dice Cortés a Moctezuma—, que pues que estamos aquí, en vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teules. (XCII-174)

Efectivamente, sus deseos fueron cumplidos, y los mexicanos los llevaron al templo, pero no para que vieran a sus dioses y teules, sino para que ellos mismos se quedaran ahí —lo cual no acabaron nunca de

asimilar—, ya que eran sus esperados dioses y teules:

Y asimismo nos llevaron (a) aposentar (a) aquella casa por causa que, como nos llamaban teules, y por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos como teules que allí tenían. (LXXXVIII-162)

A esto hay que agregar que los sacerdotes indígenas de los pueblos por los que pasaban los salían a recibir como a dioses: esto es, sahumándolos con copal.

TRAUMA QUE LES CAUSA EL REPRESENTAR EL PAPEL DE DIOSOS INDÍGENAS

Sin embargo, para un castellano de fines de la Edad Media, y con la escasa preparación de Cortés y los de su hueste, penetrar el sentido de las extrañas y complejas creencias de los pueblos indígenas estaba remotamente distante de lo que les permitía comprender el limitado bagaje cultural que les acompañaba, por lo que no pasaban de la superficie, quedando fuertemente impresionados por lo que les parecían “grotescas” imágenes con que estos pueblos representaban a sus deidades —quizá si se hubieran encontrado con “hermosas” representaciones de los mismos, les hubiera sido más fácil aceptarse a ellos mismos representados de esa forma; por lo que se aprecia cuánto influyó el encontrado sentido estético de las dos culturas que entonces contactaban:

Que aquéllos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos, y que mirasen cuán malos son y de poca valía (XC-164)

En realidad, el verdadero problema radicaba en la terrible imagen que del demonio y el infierno tenían los españoles; de suerte que al contemplar esas representaciones tan antiestéticas para ellos, y al ver que los indígenas los asimilaban a ellas, francamente se sentían aterrados. Por más que se les tra-

taba de dar a entender que se trataba de sus dioses, la estética que traían del viejo mundo les impedía aceptar tal aberración, por lo que, como se aprecia en el pasaje que acabamos de citar, Bernal no se cansa de agregar que más que dioses eran verdaderos diablos. He aquí la imagen que muchos años después aún impresionaba fuertemente a Bernal —se trata de la primera vez que visitó el templo de los dioses aztecas:

Y luego que con ellos hubo hablado —Moctezuma con sus papas— dijo que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazonas encima del techo, y en cada altar, estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Uichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería y oro y perlas aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Y otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería; y tenía puesto al cuello el Uichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y de ellos de plata, con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altar de Uichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tezcacal, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Uichilobos, porque, según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatlipuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos y las colas de ellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían

presentado cinco corazones de aquel día sacrificados, y en lo alto de todo el cual estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera de ella, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad de él enmantado. (XCII-174)

Quizás si estéticamente les hubieran agradado a Cortés y a sus hombres las imágenes con las que representaban los pueblos indígenas a sus deidades, les hubiera sido, entonces sí, más fácil aceptar representar el papel de *Malinche y sus teules*, en lo que paulatinamente enseñaban la nueva religión a los indígenas —con lo que queda abierto un tema sugerente para el estudio de las mentalidades de la época de la conquista.

LOS INDÍGENAS SE APRESTAN A ENFRENTAR A LOS DIOS

Por más que Moctezuma se esfuerza en hacerle entender a Cortés que él mismo y su hueste son los esperados teules de sus tradiciones y creencias milenarias, y que por tanto no pueden dejar de creer en ellos —entre otras cosas porque los tienen enfrente realizando toda clase de prodigios— para creer en ese otro Dios que les quieren imponer, esto no lo llega a entender nunca Cortés o sea que ya los tenían en la bolsa porque no sólo estaban dispuestos a obedecerlos, sino que, con un poco de paciencia, acabarían haciendo todo lo que les pidieran —y, por tanto, no deja de insistirle a Moctezuma sobre la necesidad de acabar con sus creencias, llegando a tal grado que tiene la osadía de profanar el templo queriendo acabar de golpe— en este caso a golpe de espada con las creencias y religión que durante generaciones inmemoriales habían sido el eje conductor de la vida de estos pueblos. De lo anterior no sorprende la respuesta dada por Moctezuma a Malinche aunque, a pesar de lo violento de la misma, no por ello le niega el carácter sagrado a *Malinche y sus teules*:

Dijo Moctezuma: ¡Oh, señor Malinche, y señores capitanes: cuánto me pesa de la respuesta y mando que nuestros teules han dado a nuestros papas y a mí y a todos mis capitanes, y es que os demos guerra y os matemos y os hagamos ir por la mar adelante. (CVIII-209)

Sin embargo, como los de México se daban perfectamente cuenta de que el combate que les esperaba era uno muy especial, ya que tendrían que vérselas no con simples humanos sino con verdaderos teules según ha quedado ya bien claro —como un noble mexica decía “no somos sus contendientes iguales, somos como nada”—, de ahí que empezaran a formar un variado ejército de “hijos de la noche” destinados a desempeñar un papel de primer orden, según nos explica fray Diego Durán, del lado mexicano, conformado entre otros por: soñadores, veladores, prepósitos, mandoncillos, calpixques, viejos y viejas, sacerdotes, la llorona, agoreros, tequitlatos, magos, hechiceros, encantadores, sortilegos, oráculos, brujos, adivinos, pintores y los que tenían poderes sobre los animales.

No sólo los mexicanos, sino que antes de ellos otros grupos indígenas, ya habían intentado enfrentarse a *Malinche y sus teules* con toda suerte de artes mágicas, según nos refiere Bernal que habían hecho los tlaxcaltecas:

... y lo que sobre ello acordaron —los jefes tlaxcaltecas— fue que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas y otros que echaban suertes, que llaman tacalnaguas, que son como hechiceros y dijeron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes qué gente éramos y si podríamos ser vencidos dándonos guerra de día y de noche a la continua, y también para saber si éramos teules, así como les decían los de Cempoal (que ya he dicho otras veces que son cosas malas como demonios), y qué cosas comíamos, y que mirasen todo esto con mucha diligencia. Y después que se juntaron los adivinos y hechiceros y muchos papas, y hechas sus adivinanzas y echadas sus suertes, y todo lo que solían hacer, parece ser dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y carne, y que

comíamos gallinas y perros y pan y fruta, cuando lo teníamos; y que no comíamos carnes de indios ni corazones de los que matábamos, porque, según pareció, los indios amigos que traíamos de Cempoal les hicieron creer que éramos teules y que comíamos corazones de los indios, y que las lombardas echaban rayos como caen del cielo, y que el lebrél que era tigre o león, y que los caballos eran para alcanzar a los indios cuando los queríamos matar; y les dijeron otras muchas niñerías. (LXVI-113)

Lo más curioso de la anécdota es que, ya que los papas y hechiceros les habían explicado detalladamente a los principales de Tlaxcala cómo en realidad los españoles no eran “teules”, sino simples y comunes seres humanos, concluyen con la siguiente recomendación sobre la estrategia que habría que emplearse para vencerlos en el combate:

Y lo peor de todo —añade Bernal— que les dijeron sus papas y adivinos fue que de día no podíamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochece se nos quitaban las fuerzas; y más les dijeron los hechiceros, que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teníamos de día hasta que se ponía el sol, y después que anochece no teníamos fuerza ninguna. (*Idem*)

También la estrategia empleada por los de México para enfrentarse a los teules, según el testimonio recibido por Sahagún, fue la siguiente:

Envió Motecuzoma a aquellos adivinos, agoreros y nigromáticos, para que mirasen si podrían hacer contra ellos algún encantamiento o hechicería para con que enfermasen o muriesen o se volvieresen. Y éstos hicieron todas sus diligencias como Motecuzoma les había mandado contra los españoles; pero ninguna cosa les aprovechó ni tuvo efecto, y así se volvieron a dar las nuevas a Motecuzoma de lo que había pasado, y dixéronle que aquella gente que habían visto era muy fuerte, y que ellos no eran nadie para contra ellos. (Lib. XII, cap. VIII, pp. 826-827)

De manera por demás detallada, fray Diego Durán nos refiere la misma anécdota de la siguiente manera: de inmediato mandó

Moctezuma a su gente de confianza a que corroborara lo dicho por el enviado de Luzbel; como la noticia no fue entonces confirmada —la de la llegada de los españoles en sus grandes navíos—, decide Moctezuma atacarlos con el arma más efectiva con la que contaba: las artes mágicas de sus poderosos vasallos:

No se que medio tome —comenta Moctezuma a su auxiliar— para hacer de mi parte todo mi poder y lo que estoy obligado, para que estos dioses no lleguen a la ciudad ni me vean la cara. Y el medio mejor que hallo es que luego se me busque todos los encantadores y hechiceros y a los que echan sueños y mandan a las culebras y alacranes y a las arañas, para que los encanten y les echen sueño, y para que les muestren visiones y para que hagan a las sabandijas dichas que los piquen y se mueran. Y así he determinado enviar a Yauhtepec y a Oaxtepec y a Malinalco y a Tepuztlan, para que luego vengan todos los que de este oficio tratan y en ello son ejercitados, para que los maten y destruyan con sus encantamientos...

... Los cuales, venidos ante él, les mandó con todo rigor que luego fuesen a Cempoalla y que con mucha disimulación, en achaque de que entraban a servir a los españoles usasen de sus mañas y artes, y que le matasen aquellos españoles, y mandó a los que echaban sueño, que les echasen sueño, y a los brujos, que les mostrasen visiones y figuras espantosas, y los que tenían poder sobre los animales, que les echasen, estando durmiendo, culebras y alacranes que los mordiesen, que les echasen arañas y otras sabandijas mortíferas, como son cientopiés, salamanquesas, y a los encantadores mandó que los encantasen y volviesen los corazones sin sentido y les criasen postemas y otras enfermedades.

El informe que Moctezuma recibió de los resultados obtenidos sobre los españoles por sus brujos, hechiceros, encantadores y demás extraños personajes, mostraba un aparente fracaso:

... Y que la carne de aquellos dioses —los españoles— era dura y que no podía entrar en ellos, ni hacer impresión cosa de encantamiento, porque no les podían hallar el corazón, porque tenían las entrañas y pechos muy oscuros y que no les hallaban carne para poder hacer en ellos algún mal y que por mucho sueño que les echaban. Luego los querían tomar a cues-

tas para echarlos en el río o en algún barranco y, como pajarito que está en el árbol, luego despertaban y abrían los ojos. (pp. 521-522)

Sin embargo, cuando los españoles, a pesar de tener preso a Moctezuma, se ven en gran peligro de ser aniquilados por los mexicanos, en buena medida se debió a los buenos oficios empleados por los brujos, hechiceros y encantadores de Cuauhtémoc, según testimonio de uno de los hombres de Cortés —más concretamente de un religioso español— referido a fray Diego Durán en estos términos:

En estos días que los españoles se vieron tan afligidos que no osaban salir, viendo Cuauhtemotzin, nuevo rey de México, que los españoles no querían salir de aquellos aposentos, y que estaban fuertes, que no les podían entrar, a causas de la artillería, que tenían asestada a las puertas de las casas reales donde estaban, mandó llamar a todos los viejos de las provincias y encantadores y hechiceros, para que los asombrasen y les mostrasen algunas visiones de noche, y los asombrasen para que allí muriesen de espanto. Los cuales venidos, les fue mandado con todo rigor.

Y así, cada noche procuraban mostrarles visiones y cosas que ponían espanto: una vez caían cabezas de hombres, saltando por el patio; otras veces, veían andar un pie solo con un muslo; otras veces, rodar cuerpos muertos; otras veces veían y oían aullidos y gemidos, de suerte que ya no lo podían sufrir. Las cuales visiones, antes que esta historia me lo declarase, me lo contó un conquistador religioso, espantándose de las visiones que entonces vieron, no sabiendo el misterio de donde habían procedido (p. 550).

Sin embargo, si desde el principio los mexicanos se daban perfectamente cuenta de que en una guerra "humana", estaban completamente perdidos frente al poderío técnico de los españoles, pronto comprendieron que la guerra "santa" igualmente la tenían perdida frente a *Malinche y sus teules*, pues sus propios dioses les habían abandonado, según refiere Sahagún:

Como supo Motecuzoma que ya venían los españoles camino de México, enviólos al encuentro muchos sátrapas de los ídolos, agore-

ros y encantadores y nigrománticos, para que con sus encantamientos y hechicerías los empeciesen y maleficiase. Y no pudieron hacer nada, ni sus encantamientos los pudieron empêcer, ni aun llegaron a ellos; porque antes que llegasen a ellos toparon con un borracho en el camino y no pasaron adelante. Parecióles que era un indio de los Chalco. Parecíales que estaba borracho. Traía ceñido a los pechos ocho cabestros o sogas hechas de heno, como de esparto, y venía de hacia donde estaban los españoles. Y llegando cerca dellos, comenzó con grande enojo a reñirlos, y díxoles: ¿Para qué porfiáis vosotros otra vez de venir acá? ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué piensa Motecuzoma de hacer? ¿Agora acuerda a despertar? ¿Agora comienza a temer? Ya errado; ya no tiene remedio porque ha hecho muchas muertes injustas; ha destruido muchos; ha hecho muchos agravios y engaños y burlas... Por demás habéis venido. Nunca más haré cuenta de México. Para siempre os dexo... Hecho esto, desapareció aquel que les hablaba. Y volviendo en sí dixeron —los mensajeros de Moctezuma—: Esto que hemos visto convenía que lo viera Motecuzoma y no nosotros. Este que nos ha hablado no es persona humana: es el dios Tezcatlipuca. (Lib. XII, cap. XIII, pp. 831-832)

De hecho estaban plenamente resignados a ser arrasados completamente, estado de ánimo más que manifiesto en el breve pasaje en que Sahagún nos refiere que:

Estando los españoles en Itztapalapan, ninguno de los mexicanos fue a verlos, ni osaban salir de sus casas ni andar por los caminos. Todos estaban amedrentados de lo que habían oído que los españoles habían hecho por el camino todo. Estaban esperando la muerte y desto hablaban entre sí diciendo: ¿Qué habemos de hacer? Vaya por donde fuere, ya es venido el tiempo en que hemos de ser destruidos. Esperemos aquí la muerte. (Lib. XII, cap. XIV, p. 833)

LA FURIA DE LOS DIOS

La respuesta de los españoles no se hizo esperar, y luego de una serie de combates y escaramuzas contra los mexicanos —quienes, según hemos explicado ya, se daban perfectamente cuenta de que ni contra teules, ni aún contra simples españoles, tenían la me-

nor oportunidad de salir bien librados— llegó el momento final.

Conviene explicar que la forma en que culminó esta historia, en realidad estuvo precedida por una provocación de los españoles sobre los mexicanos, que por cierto fue doble: como simples humanos la matanza de la nobleza mexicana a manos de Alvarado; como teules el querer profanar el templo. La derrota igualmente fue doble: por una parte la derrota religiosa, luego de quemar los ídolos y destruir el templo; por el otro, la derrota material luego del feroz cerco de noventa días.

Por lo que a la derrota religiosa se refiere resulta curiosa la interpretación que Bernal le da a la reacción sufrida por el contingente indígena. Sin duda alguna el hecho de que les destruyeran su sagrado centro ceremonial luego de haberles quemado a sus dioses, resultó un trauma de dimensiones colosales para ellos, como para cualquier otra comunidad humana a la que se hubiera infringido parecida afrenta. Esta traumática experiencia quedó de manifiesto en los numerosos códices en que se plasmó la escena. Sin embargo, Bernal lo toma como una manifestación de la “admiración” que los indígenas sentían por la “proeza” realizada por *Malinche y sus teules*:

... fuimos hasta el gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil mexicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban con grandes lanzas y piedra y vara, y se ponen en defensa y nos resistieron la subida un buen rato... y quiso Nuestro Señor que llegamos adonde solíamos tener la imagen de Nuestra Señora, y no la hallamos, que pareció, según supimos que el gran Montezuma tenía devoción en ella, y la mandó guardar; y pusimos fuego a sus ídolos, y se quemó un buen pedazo de la sala con los ídolos Uichilobos y Tezcatepuca... Muchas veces he visto pintadas entre los mexicanos y tlaxcaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu, y tiénelo por cosa muy heroica, que aunque nos pintan a todos nosotros muy heridos, corriendo sangre y muchos muertos en retratos que tienen de ello hecho, en

mucho lo tienen esto de poner fuego al cu.
(CXXVI-251)

Finalmente, por lo que a la derrota material se refiere, ésta es, en unas cuantas líneas, la patética imagen que sobre ella nos dejó Bernal Díaz del Castillo:

... como había tanta hedentina en aquella ciudad, Guatemuz rogó a Cortés que diese licencia para que todo el poder de México que estaban en la ciudad se saliesen fuera por los pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen; digo que en tres días con sus noches en todas tres calzadas, llenas de hombres y mujeres y criaturas, no dejaron de salir, y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima verlos; y como la hubieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y veíamos las casas llenas de muertos, y aun algunos pobres mexicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino hierba; y hallóse toda la ciudad como arada y sacadas las raíces de las hierbas buenas, que habían comido cocidas, hasta las cortezas de algunos árboles; de manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían las carnes de sus mexicanos, sino eran de los nuestros y tlaxcaltecas que apañaban, y no se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como éstas. (CLVI-370 y 371)

EPÍLOGO

Como se aprecia se trató de una gran incompreensión entre pueblos de diferentes culturas, que se vieron imposibilitados de darse a entender los unos a los otros. En realidad los españoles ya habían logrado su propósito —el vasallaje y que los recibieran por sus dioses—; o sea que ya sólo era cuestión de tiempo y de tacto lograr el resto.

Sólo que por no entender la posición privilegiada en que ya se encontraban frente a los indios —no sólo por haber rendido ya el vasallaje, sino porque personificaban a los dioses de sus creencias y tradiciones—, Alvarado creyó, sin fundamento alguno y más bien por ambición, que los mexicanos

se pensaban alzar contra ellos —extremo imposible de concebir dentro del contexto que hemos trazado—, y más bien por ambición provocó la matanza que dio al traste con todo. Las fuentes nos explican cómo los mexicanos trataron de poner fin a la guerra, y hacerle entender a Cortés que todo había sido un mal entendido; pero éste, luego de vencer a Narváez, y ya con un contingente realmente considerable, se ensoberbeció, y no sólo consideró a los mexicanos como a vasallos rebeldes a los que había de castigar ejemplarmente, sometiéndoles a una guerra sin cuartel, sino incluso privarlos de su libertad, esclavizarlos y herrarlos en la cara.

Para colmo de males desde entonces adquirieron los mexicanos, a los ojos de los españoles, un nuevo estatuto —aparte del de vasallos rebeldes y esclavos—: de ahora en adelante se les consideró como a “perros”. Efectivamente, y no por tratarse de una simple anécdota, sino porque nos proporciona la clave para entender el violento cambio de personalidad que sufrió Cortés luego de haber vencido a Narváez —y que selló el trágico final de México—, nos vamos a detener en el pasaje, que a partir de entonces se volvería moneda común y corriente, en donde, por primera vez, trata Cortés a Motezuma de “perro”.

Los antecedentes fueron los siguientes: al marchar Cortés a detener a Narváez cometiÓ la torpeza —a menos que lo haya hecho a propósito— de dejar cuidando la ciudad de México al más violento y temperamental de sus capitanes, Pedro de Alvarado, junto con los soldados más inconformes y problemáticos de su hueste: los que estaban del lado de Diego Velázquez. De suerte que a nadie le habría de extrañar que haya tenido lugar el levantamiento de los mexicanos en venganza por la masacre de la nobleza indígena que había organizado Alvarado y sus secuaces —la gran mayoría de las fuentes declaran lisa y llanamente—, o por lo menos lo dan a entender, que la matanza no tuvo

otra excusa que la ambición de los del bando de Alvarado. Al enterarse Cortés de lo delicado de la situación, decide volverse de inmediato, y al ver que los indios de las regiones aledañas y los del propio México no le salían a recibir como a un rey, se encolerizaba pues quería impresionar, según nos relata Bernal, a los soldados de Narváez que con él llegaban por primera vez, sobre cómo lo adoraban sus indios:

... parece ser había dicho Cortés en el camino a los capitanes de Narváez, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, y que por los caminos le saldrían a recibir y hacer fiestas, y que darían oro, y que en México mandaba tan absolutamente así al gran Montezuma como a todos sus capitanes, y que le darían presentes de oro como solían... (CXXVI-247)

Hasta aquí se corrobora lo que ya hemos constatado más arriba: que Cortés ya tenía completamente "conquistados" a los mexicanos —y también a los enemigos de éstos—, y que todo era ya cuestión de tacto y paciencia para que terminaran haciendo todo aquello que se les ordenara. Aunque la llegada de Narváez y la matanza de Alvarado pusieron en peligro de perder lo que se había logrado con tanto éxito y tan poco esfuerzo —debido en buena parte a la coyuntura ideológica indígena que vinieron a encarnar a la perfección *Malinche y sus teules*—; sin embargo no fue esto lo que dio al traste con todo, ya que lo único que esperaban los indígenas era que Cortés pusiera en su lugar a Alvarado y restituyera el orden y la justicia a su lugar.

Lo que en realidad vino a dar al traste con todo fue el violento cambio de personalidad sufrido por Cortés luego del triunfo sobre Narváez. Esto no se debió a que se haya tratado de un gran triunfo militar; todo lo contrario, ya que si se les facilitó todo fue debido a la inexperiencia de Narváez y, también, a que Cortés ya había mandado sobornar a muchos de los hombres clave de

don Pánfilo. Lo que sucedió fue que el contingente humano y el arsenal capturado resultaron de tal magnitud, que esto hizo sentirse muy seguros ya a Cortés y a sus hombres. Igualmente se trataba de una mala lectura de los acontecimientos que hacía Cortés. Al no comprender que sus triunfos se debían a las creencias religiosas de los indígenas, pensaba que todo se debía a su destreza militar. Por tanto, si tanto había conseguido con tan pocos hombres y recursos, cuánto más no ganaría con un ejército tan crecido. Además, como de hecho sucedía, les había contado a los de la armada de Narváez que él ya tenía completamente dominada la situación y que lo obedecían como a un rey. Estas dos convicciones del de Medellín lo tenían realmente muy soberbio, por lo que al llegar a México, en vez de reprender a Alvarado y negociar otra vez la paz con Moctezuma y sus caciques y principales, lo que hizo fue, en palabras de Bernal, justo lo contrario:

... y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste y mohíno. Y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales a rogar a nuestro Cortés que le fuese a ver, que le quería hablar: y la respuesta que les dio dijo: Vaya para perro, que aun tiánguez no quiere hacer, ni de comer no nos manda dar. Y entonces como aquello le cyeron a Cortés nuestros capitanes, que fue Juan Velázquez de León y Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila y Francisco de Lugo, dijeron: Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey de estas tierras, que es tan bueno que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, y mira que hasta las hijas le ha dado. (CXXVI-248)

Bernal nos confirma en este pasaje, por medio del dicho de estos capitanes, lo que hemos venido insistiendo: el triunfo se lo debían no a su poderío militar, sino a una serie de circunstancias coyunturales centradas en la creencia que tenían los indios de que se trataba de los dioses que, según sus

leyendas y tradiciones, habrían de llegar a gobernarlos. Sin embargo, Cortés nunca acabó de entender esto y, como insiste Bernal en diversos pasajes, ya venía muy “ensoberbecido”, por lo que no resulta de extrañar la respuesta que dio a sus capitanes:

Y como esto oyó Cortés, se indignó más de las palabras que le dijeron, como parecían de reprehensión, y dijo: ¿Qué cumplimiento he yo de tener con un perro que se hacía con Narváez secretamente, y ahora veis que aun de comer no nos dan. (*Idem*)

La prueba del mal cálculo realizado por Cortés, es que a punto estuvieron de ser exterminados todos por los, ahora sí, encolerizados mexicanos, logrando escapar prácticamente de milagro, y sólo unos cuantos de ellos, en la afrentosa huida de la “noche triste”. Sin embargo, y a pesar de todo, seguían encarnando para todos los pueblos indígenas a *Malinche y sus teules*, por lo que la “reconquista” —en derecho se trataba de la reconquista de un dominio que ya había sido conquistado para la corona castellana al momento en que Moctezuma, junto con sus principales, rinde solemne vasallaje a Carlos V, frente a una serie de testigos y escribano público que dio fe del acto—, no la realizó Cortés y su hueste, pues no lo hubieran conseguido con lo diezmados que habían quedado. La reconquista de México tuvo lugar a manos de Malinche, unos cuantos de sus teules y miles y miles de sus fieles creyentes indígenas. Tan es así, que Cortés, antes de emprender la campaña final contra México, se dio el lujo de autorizar a todos aquellos de los españoles que quisieran, a volverse a Cuba, y muchos le tomaron la palabra.

El triunfo sobre Tenochtitlan lo tenía asegurado, pues ahora sí había comprendido el poder “espiritual” que ejercía sobre los naturales del mundo indígena. De hecho los únicos verdaderos problemas que tuvo que resolver para llevar a cabo la reconquista fueron: el de cómo hacer para neutralizar

el daño que le producía el tipo de combate acuático que también dominaban los de México. Esto lo resolvió haciendo que miles de indios aliados le llevaran cargando a la orilla del lago de Texcoco los trece bergantines que les ordenó fabricar, junto con la construcción de un canal especial para ponerlos a navegar. Al respecto resulta significativa la siguiente anécdota de Bernal Díaz en donde toma conciencia de cómo ellos, en su calidad de hueste, ya no contaron mucho para la campaña final. En ella refiere cómo la propuesta de la estrategia, por la que se alcanzó el triunfo final, no provino de ningún capitán de la hueste de Cortés, sino de Estesuchel, uno de los aliados indígenas. Como hemos explicado ya ni la conquista ni la reconquista debieron a Cortés y su hueste, sino a *Malinche y sus teules* —por supuesto que apoyados por miles de “creyentes” indígenas:

... y en aquellas pláticas que Cortés decía a Estesuchel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como era de suyo señor, y esforzado, dijo a Cortés: “Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada día con los mexicanos; sana de tu pierna, toma mi consejo, y es que te estés algunos días en tu real, y otro tanto manda al Tonatio (que era Pedro de Alvarado, que así le llamaban), que se esté en el suyo, y a Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada noche, y de día, a quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están dentro en esta gran ciudad tanto mil xiquipiles de guerreros que por fuerza comerán el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es media salobre, de unas fuentes que tienen hechas, y como llueve cada día, y algunas noches recogen el agua, de ello se sustentan: mas qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es más que guerra la que tendrían con la hambre y sed.” Y como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dio gracias por ello, y con prometimiento que le daría pueblos... (CLIII-357)

El otro gran problema con el que entonces se enfrentaron, fue el de cómo alimentar y mantener ocupados a los miles y miles de indios aliados que con él iban —además de que a la hora del combate resultaban un

verdadero estorbo pues congestionaban las calzadas de ingreso a México.

Finalmente tenemos que los mexicanos nunca dejaron de creer en Malinche —el levantamiento se debió a que con los excesos de Alvarado se les había cometido una afrenta injustificable e imperdonable, por la cual pedían satisfacción, y lo que se les dio fue guerra—, pues luego de la reconquista resultaron aliados insuperables, mucho más útiles en el combate que todos los soldados españoles nuevamente llegados de las Antillas, y sacaron a *Malinche y sus teules* de grandes aprietos.

En este trabajo no hemos querido explicar lo que Cortés debió hacer o abstenerse de hacer durante la conquista de México. Simplemente hemos querido demostrar cómo, en la historia de Bernal, se encuentran elementos suficientes para permitirnos entender más claramente la actitud y el sentir mostrados por los indígenas frente al conquistador; actitud y sentir, dicho sea de paso, que no comprendió nunca Cortés, aunque algunos de sus hombres, como Bernal, tuvieron más sensibilidad para, si no comprender del todo, sí por lo menos vislumbrar y dejar constancia de los mismos.

